

Elogio y recuerdo de José Ibáñez Cerdá

Antonio Lago Carballo

Nos reúne aquí un acto de justicia, de gratitud y de amistad, en el que intervengo a instancias de Joaquín Ibáñez Montoya, quien, quizá, me lo ha pedido a sabiendas del afecto y admiración que profesé a su recordado padre. Quizá también me lo pidió porque soy uno de los, por así decir, supervivientes de los primeros tiempos del Instituto de Cultura Hispánica –y, por cierto, quiero hacer constar la adhesión a este homenaje de Joaquín Ruiz-Giménez, decano de los supervivientes y primer director del Instituto–, cuando su sede estaba en la calle de Alcalá frente a la estatua del general Espartero.

A ese título de antigüedad añadiría yo el de lector usuario de la Biblioteca del Instituto y consultor una y otra vez de su director, José Ibáñez, siempre dispuesto a comunicar sus amplios saberes a cuantos a él acudían.

Pepe, José, don José con el tiempo, era levantino, nacido en Sella (Alicante), estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia y residió en el Colegio Mayor San Juan de Ribera, gran institución universitaria en la que habían sido, muy pocos años antes, residentes figuras tan relevantes de la cultura y de la ciencia española como Pedro Laín Entralgo, José Corts Grau, Juan José López Ibor, Francisco Marco Merenciano... por sólo citar cuatro nombres.

En la inmediata posguerra civil vino a Madrid en donde en los servicios de Recuperación Artística, colaboró con el Marqués de Lozoya, que había sido su catedrático de Historia del Arte en Valencia. Tan pronto como en 1940 ingresó, por oposición, en el Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos. Destinado a la sección de Cartografía de la Biblioteca Nacional, dedicó una parte de su tiempo en la elaboración de su tesis doctoral, bajo la dirección del catedrático de Historia de América, don Ciriaco Pérez Bustamante.

Tras desempeñar la secretaría general de la Biblioteca Nacional, fue director del Archivo del Consejo de Estado. Su vocación americana cobró impulso cuando, comisionado por Naciones Unidas, pasó un año en Bolivia como consultor de los servicios bibliotecarios de aquel país.

Desde que en 1951 el Instituto de Cultura Hispánica se instaló en este edificio que hoy nos acoge, José Ibáñez fue director y organizador de la Biblioteca, que años más tarde se llamaría Biblioteca Hispánica. Aquí y hasta su jubilación en 1983, daría de sí lo mejor de su personalidad y profesionalidad.

Como ha escrito la actual directora, M^a del Carmen Díez Hoyo, «Ibáñez Cerdá pertenecía a esa generación de los “bibliotecarios eruditos”, seguidores de la bibliografía como disciplina; que tenían más que ver con las bibliotecas especializadas y las colecciones de fondo antiguo, que con las bibliotecas como servicios públicos». Y cumplió su función no con la frialdad del burócrata sino con el entusiasmo y la fidelidad a su vocación de americanista. Me alegra testimoniar que en mi etapa al frente de la dirección general del Patrimonio Artístico y Cultural pude apreciar el afecto y prestigio de que gozaba José Ibáñez entre sus colegas.

En los primeros años de dirección de Ibáñez Cerdá –años de obligada austeridad presupuestaria, no lo olvidemos–, fueron adquiridos para la Biblioteca las colecciones de Graiño y Velarde, y se incorporaron dos legados de la mayor importancia: el del gran erudito cubano Chacón y Calvo y el de los libros hispanoamericanos que poseía el filósofo Eugenio d’Ors, donados por sus hijos. También Ibáñez consiguió que se adquiriesen fondos antiguos dedicados a la historia y las lenguas de los países americanos y de Filipinas. Hoy en día –nos informa la directora Díez Hoyo– las colecciones especiales de la Biblioteca Hispánica supera los 15.000 volúmenes, dentro de una colección de más de medio millón.

Y hay que subrayar la riqueza de la Biblioteca Hispánica en revistas hispanoamericanas y, en general, extranjeras, en virtud del intercambio establecido con *Cuadernos Hispanoamericanos*, que sólo por esta razón, sin contar los méritos propios, bien merece que su publicación sea mantenida contra viento y marea. También *Cuadernos* es fuente nutricia de la Biblioteca dado que ésta se beneficia de los muchos libros enviados por sus autores a la revista en espera de que en sus páginas sean objeto de crítica y reseña.

Thomas Carlyle escribió que «una biblioteca, una colección de libros, es la verdadera Universidad moderna», afirmación que no le gustaba a don Eugenio d’Ors quien afirmaba que siempre será la palabra, los saberes y el ejemplo de los maestros verdaderos, lo que hace una verdadera Universidad. No entremos en esa discusión, y pensemos que una buena biblioteca dirigida por alguien deseoso de cumplir las tareas

diseñadas por Ortega y Gasset en su excelente reflexión sobre la misión de bibliotecario, cumplirá siempre una alta función formativa e impulsora de investigaciones y estudios. Eso pretendió y eso ejerció José Ibáñez Cerdá, a quien estoy seguro que le sería muy grato que este acto de justicia y gratitud, sirviese ante todo para afirmar la importancia extraordinaria de esta Biblioteca Hispánica, quizá la primera de Europa en su especialidad, y para manifestar la esperanza de un constante cuidado y enriquecimiento por parte de quien corresponda, es decir de las autoridades de la Agencia Española de Cooperación.

Tras su jubilación, Ibáñez Cerdá fue fiel a un precepto dado por Cicerón en *De senectute*, que dice así: «La vejez no sólo es lánguida e inerte, sino laboriosa, siempre que se haga e imagine algo, de acuerdo con lo que cada uno hizo en su vida pasada».

Y así, nuestro amigo fue vocal de la Comisión de Valoración del Patrimonio en el ministerio de Educación, profesor de la Escuela de Documentalistas para formación del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, miembro de la Comisión para la Protección de Bienes Patrimoniales de Origen Hispánico en el Exterior y aun se ocupó del Archivo-Biblioteca del Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica. Estoy seguro de que esas actividades fueron un testimonio y prueba de reconocimiento a su prestigio profesional.

Debo terminar ya, pero permitidme que recuerde que hace casi noventa años, en 1915, Ortega y Gasset escribió una frase tremenda, preocupante:

«Es América el mayor deber y el mayor honor que queda en nuestra vida. ¡España, España es el único pueblo europeo que no tiene una política de América! ¿Cómo es esto posible? No queda a nuestra raza otra salida por el camino real de la Historia, si no es América».

No creo que el autor de *España invertebrada* hiciese hoy esta afirmación crítica, que yo he querido recordar para citar el comentario que mereció del gran humanista mexicano Alfonso Reyes, y del que sólo citaré las líneas finales:

«Concibo la educación de un joven español que se acostumbrara a adquirir todos los meses algún conocimiento nuevo sobre América, por modesto que fuese. Hay que acostumbrar al español a que tenga siempre una ventana abierta hacia América».

Perdón doña Amparo, perdón Joaquín, perdón a todos si concluyo con una muy personal reflexión: la Biblioteca Hispánica está situada a las puertas de la Ciudad Universitaria. Miles y miles de estudiantes pasan todos los días delante o cerca de este edificio. ¿Cuántos de ellos es-

tán interesados por América, por nuestra América? ¿Cuántos desean aumentar sus conocimientos de unos pueblos con los que nos unen siglos de historia común, y un presente de deseable cooperación? ¿Qué podría hacer esta Biblioteca, y con ella la Agencia, para contribuir a que unos cuantos estudiantes, sintiesen la comezón, el deseo de abrir en lo mejor de su espíritu una ventana hacia América? Estoy seguro de que en su eterno descanso nuestro amigo José Ibáñez Cerdá se alegraría mucho con que esa posibilidad se transforme en realidad.